

# María Teresa Vera: un ícono de la trova tradicional

Jorge Olivera Castillo  
Escritor y periodista  
La Habana, Cuba

A 47 años de su desaparición física, los ecos de su voz entrelazándose con los acordes se mantienen vivos en la memoria musical cubana. Su calidad artística quedó demostrada desde que irrumpió en el movimiento trovadoresco de las primeras décadas del siglo XX. Su adolescencia no fue impedimento para el inicio y consolidación de una trayectoria solo detenida por los achaques de la vejez.

Aunque no gozaba de una amplia tesitura ni de extraordinarias habilidades técnicas en la guitarra, logró encandilar con sus interpretaciones a miles de personas y no solo dentro de las fronteras nacionales.

Antes que a crear textos prefería dedicarse a buscar las armonizaciones idóneas para sacar el máximo de los boleros, habaneras y guarachas escritas por otros. Así sucedió con *Veinte años*, de Guillermina Aramburu, que Vera convirtió en éxito indiscutible de de la trova tradicional. Otras composiciones de Aramburu, como *Porque me siento triste* y *No me sabes querer* aparecen en su repertorio.

El éxito de Vera, quien rompió el monopolio masculino en un género surgido de manera espontánea en la zona oriental de Cuba y fue rápidamente asimilado en la capital,

tiene que ver con la extraordinaria capacidad versificadora de Nena Núñez, mujer mestiza vecindada en el barrio habanero de Los Sitios que escribió las letras de la gran mayoría de las canciones que dieron renombre a Vera, como *Esta vez tocó perder*, *Yo quiero que tú sepas*, *Es mi venganza*, *El último es el mejor* y *Es mi sentencia*, que sentaron precedentes en la época.

La vocación musical de María Teresa Vera se desarrolla a partir del traslado de la familia a La Habana desde Guanajay, donde había nacido el 6 de febrero de 1895. Recibió las primeras clases de guitarra del tabaquero José Díaz (El Negro) y los trovadores Manuel Corona, Graciano Gómez y Patricio Ballagas. Desde entonces va perfilándose su estilo, que combinan sobriedad, elegancia y sentimiento para sacar a la luz una perfección formal de indiscutible vigencia.

Al escuchar cualquiera de sus números grabados en discos de vinilo, cintas magnetofónicas o remasterizados en soportes más modernos, se percibe aún la frescura melódica que, como un imán, se adhiere a nuestras mentes.

Desde la sencillez, María Teresa logra proyectarse como un referente en la manera



de transmitir sensaciones, que no pierden el sabor de la gracia y el buen tino tras haber padecido el embate de los años con sus turbulencias y olvidos.

Un breve análisis de su obra confirma la nulidad de las saturaciones armónicas como puente hacia la trascendencia y del abuso de una proyección vocal de altos registros tonales. Con su voz clara, aguda e inteligentemente matizada, Vera pasó a la posteridad sin proponérselo. Cantar era su razón de ser.

No solo habría que destacar su productiva actividad como solista. También figuró en sextetos, cuartetos, tríos y en el dúo que conformó con el trovador Lorenzo Hierrezuelo, que se extendió por 27 años y fue el proyecto musical al que dedicó más tiempo.

Aunque cultivó géneros tan disimiles como el bolero, la habanera y la guaracha, valdría la pena mencionar su incursión en el bambuco, de origen colombiano, traído al parecer, por emigrados cubanos de la guerra de 1895-98, que alcanzó en Cuba gran popularidad a principios del siglo XX.

María Teresa Vera es una artista que merece recordación por sus aportes musicales. Hoy sirven de estímulo para el desarrollo y consagración de los músicos de las nuevas generaciones. Estaría bien propulsar la difusión de lo que se ha podido salvar de su extenso legado. No es suficiente que se le reconozca solo por su interpretación de *Veinte años*.

En los archivos perviven otras obras memorables, que esperan por interpretaciones o versiones que retribuyan el papel desempeñado por una mujer que vivió y murió fiel a su voz, a su guitarra y al público que le escuchaba con gestos de satisfacción desde las lunetas, sentados frente a un radio o ante la pantalla de aquellos televisores que transmitían solo imágenes en blanco y negro.

Nunca asistió a un conservatorio musical. Ni falta que le hizo. Siempre adivinaba con misteriosa exactitud el sitio donde colocar el acorde más conveniente en el arduo proceso creativo. “Las últimas presentaciones públicas de María Teresa tuvieron lugar en 1961. Cuando varias dolencias le imposibilitaron el canto, nadie fue capaz de lamentarlo tan hondamente como ella misma, que se había entregado de manera absoluta a la canción cubana<sup>1</sup>.”

El 17 de diciembre de 1965 sobrevino su partida temporal hacia otras dimensiones. Los frutos de su labor permanecen en el imaginario de innumerables músicos, intelectuales y personas de a pie, siempre a la espera de nuevos homenajes que protejan del olvido a una de las grandes luminarias de la música.

**Nota:**

1. “Un amor que se nos va,” *Extramuros*, número 3, junio de 2000, página 18. Entrevista del escritor Sigfredo Ariel a María Teresa Vera.